

INVIERNO EN EL TRÓPICO

Natalia Sanz González

Premio Pestana

INVIERNO EN EL TRÓPICO

Llega a la ciudad al atardecer, cuando el sol comienza su declive. Es invierno, y la lluvia se derrama sobre el parabrisas del taxi. Detrás queda un pequeño aeropuerto, rodeado de cocoteros y plantas sin nombre. Pablo ha viajado desde una ciudad oprimida por el verano, abandonando calles desiertas y tiendas cerradas, y no espera la lluvia. Apenas ha preparado el viaje, ignora que más allá del Ecuador cambia el ritmo de las estaciones. Difuminadas por la velocidad y el aguacero, ve las primeras favelas. Las dimensiones exceden lo que imaginaba. Pequeñas casas de ladrillo rojo y cemento ascienden por las laderas, llenando todas las colinas de la ciudad. Calles apenas asfaltadas, tierra y charcos de barro, iluminados por bombillas desnudas, se suceden frente a sus ojos. Tiene miedo.

En el Hotel Pestana encuentra un recibidor con suelo de mármol y plantas tropicales, una cafetería con sillones de cuero. Junto al mostrador se cruzan carros llenos de maletas y clientes europeos, con arrugas en los ojos. Un hombre de apenas treinta años, sonriendo, le pide el pasaporte y le entrega una gran llave. Le recomienda que no camine por la calle hasta la mañana siguiente, la gente de Bahia no se lleva bien con las lluvias, y los tambores no sonarán esa noche en las calles del Pelourinho.

Pablo entra en su habitación cuando el sol ya ha caído. Anochece pronto en los trópicos. Desde la ventana contempla cómo crecen y mueren las líneas blancas del mar. Ni siquiera ha abierto la maleta, que reposa sobre la gran cama de matrimonio. Al mirarla, el cabello dorado, y el pequeño cuerpo de Elisa acuden a su mente. Cuando hizo la reserva, solicitó una habitación doble. Ella había decidido, el penúltimo día, continuar trabajando.

- Es lo mejor, debemos pensar sobre nosotros. Necesitamos algo de tiempo. Por el dinero no te preocupes, yo cubriré todos los gastos. Me refiero a la cancelación del billete, claro. Con el hotel te arreglas tú.

Amanece sin lluvias en Salvador de Bahia. Los números del despertador digital marcan las seis y cuarto. Con las legañas aún en los ojos vuelve a mirar hacia el

mar. Su color, más cerca del gris que del azul, en poco se parece al del Mediterráneo que suele visitar cada verano. Puede ver, por primera vez, la ciudad: rascacielos, oxidados por la cercanía del mar, siguen la línea de costa, dibujando la inmensidad de la bahía. Detrás, aprovechando la altura de un acantilado, aparece un barrio de casas amarillas y azules, de iglesias barrocas ennegrecidas. Más allá, en las colinas, favorecidas por la luz del día, entre la vegetación salvaje, que crece ajena a los deseos de los hombres, se levantan las favelas. Su aspecto resulta mucho menos amenazante bajo la luz del alba, los autobuses cruzan los caminos embarrados, y las mujeres, siempre rodeadas de los saltos y las bromas de los niños, recogen la ropa puesta a secar en los tejados. Piensa en la familia que no ha creado. Miles de kilómetros más allá se encuentra ella, en la mitad de la noche, tal vez durmiendo, tal vez disfrutando de su reciente libertad.

Se sienta junto a la mesilla, entre las sábanas arrugadas. Mira hacia el teléfono. Llevan dos años casados, y las noches frente al televisor han sustituido a las risas y al sexo. Cinco noches a la semana se arrastran hasta la cama, medio dormidos, tras abandonar cuatro horas frente a la pantalla, dejando pasar los días. No fue él quien provocó la crisis, se sentía cómodo en la rutina, le sobraba con las juergas del fin de semana y la tranquilidad de una cuenta corriente siempre llena. No esperaba que ella rompiera la baraja. Pablo sintió que se rompía por dentro, que su pecho, y su estómago se contraían, pero no alzó la voz, no suplicó, ni pidió explicaciones. Se levanta de la cama, y se desprende del albornoz. Abre el agua caliente de la ducha.

Se adentra en el comedor, un gran salón, recorrido por decenas de camareros, que cruzan el suelo de mármol cargados con tazas y jarras de café. El hombre mordisquea un croissant y bebe medio café con leche, sentado en un rincón, frente a la pared, lejos de la comida, y, tras desechar las ofertas de los taxistas, agolpados junto a la puerta giratoria, sale a la calle, pisa por primera vez las aceras de la ciudad.

Junto al hotel se abre una plaza ajardinada, llena de cocoteros y palmeras, entre las que vuelan los pájaros. Observa, con la boca entreabierta, la ligereza del vuelo de un colibrí, como desciende a su nido, un tejido de palos oculto entre las ramas de las palmeras. Mira hacia la izquierda, y encuentra una gran avenida, con cuatro carriles y dos direcciones, recorrida por coches, columnas de humo, autobuses, mendigos, motocarros, ciclistas. Si camina sin desviarse, así le han

indicado en la recepción del hotel, llegará hasta las iglesias y los palacios que vio desde la ventana. El jardín desaparece, las casas, de tres o cuatro pisos, deterioradas por una construcción improvisada y por la cercanía del mar, se suceden. Apenas se fija en las viviendas, la gente, que compra, ríe, corre, se besa, por las estrechas aceras ocupa todo su campo visual. Sabe que, aunque circule con rapidez, aparentando indiferencia, no podrá disimular su condición de turista: él no es negro, y ellos sí. En todas las esquinas, en todos los pequeños parques que se suceden en el recorrido de Pablo hacia el centro, crecen tenderetes llenos de bananas, mangos, frutas de tacto áspero, cuyo nombre y sabor desconoce, y, sobre todo, llenos de extraños cocos verdes que, apilados en pequeñas montañas, son abiertos, bebidos, y arrojados a grandes cajas de plástico. Avanza en silencio entre las corrientes humanas, asombrado, tratando de digerir la avalancha de imágenes, olores, sabores fabulados y tactos intuitivos. Baja la mirada al suelo. Ante sus ojos se suceden pies limpios pero curtidos con heridas cicatrizadas, acostumbrados a pisar a diario las aceras, el asfalto, la arena de las playas. Tras una pronunciada cuesta, donde la gente lentamente se dispersa, los edificios se ennoblecen, convirtiéndose en viejos palacios pintados en ocre, con balcones de hierro forjado. Alguien toca su espalda. Se da la vuelta y encuentra, frente a sus ojos, una mano negra, un brazo quemado y, detrás, la cara de un niño.

- Dame algo, para comer – dice en voz baja, apenas moviendo los labios, mientras acerca los dedos arrugados hacia la cara de Pablo.

Salta hacia atrás y, a paso rápido, casi a la carrera, se esfuma entre la multitud. Desde la distancia, puede ver al niño, de apenas cuatro años, vestido con una larga camiseta, que marca la delgadez de sus huesos, caminando cabizbajo en dirección contraria. Siente de nuevo la culpa, la angustia ascendiendo desde su pecho hasta la garganta.

- Cómo pude huir, era solo un crío, un pobre niño. Ella lo habría hecho mejor, habría manejado la situación.

En el Pelourinho la arquitectura capta de nuevo la mirada del hombre, eclipsando su tristeza. Sus ojos se encuentran con casas amarillas, azules, rojizas, de tres o cuatro pisos, llenas de ventanas blancas, tras las que cuelgan cortinas bordadas; con iglesias barrocas que esconden interiores labrados en madera y piedra, esculturas de Cristos agonizantes que reproducen, con rubís, cada gota de sangre. El asfalto desaparece, y es sustituido por calles de piedra,

apenas cruzadas por coches. Las calles, siempre en pendiente, están llena de vendedores ambulantes, que venden collares, orishas, zumos de fruta, sandalias, por apenas un euro. Gente que acepta la negativa con orgullo: Las creencias en algo, más allá de las palabras, que el viajero nunca llega a descifrar, impiden la súplica y el engaño.

A la entrada de todas las iglesias una mujer, sentada en una silla de caña, vende entradas, indispensables para adentrarse en el templo y en su museo, apenas un par de habitaciones con casullas, cálices y candelabros. Los sentidos de Pablo empiezan a fatigarse, un dolor, soportable pero molesto, se expande desde las sienas. Quiere descansar, beber un café caliente en un espacio vacío y silencioso. Necesita tiempo para asimilar todo lo que ha visto, oído, olido, tocado. No rechaza el regreso de los tambores, del óxido y las casas amarillas, pero necesita sentarse y cerrar los ojos. Sin embargo no resiste la llamada de una mujer que, al final de una profunda bóveda de cañón, con paredes esmaltadas en azul y blanco, vende entradas para su iglesia. Ascende por peldaños de madera desgastados, apoyado en una cuerda que sigue el recorrido de la barandilla. Desde el techo se descuelgan telas rojas y rasgadas. Piensa en aguardar cinco minutos, para no ofender el orgullo de la taquillera, y volver a bajar. Mira sin interés gruesas cortinas azules, una mesa de madera maciza, un viejo espejo, reliquias de plata, cuyo brillo ha sido eclipsado por cientos de capas de polvo. Escucha, a su espalda, la voz de un niño, se da la vuelta y encuentra una mano tendida.

- Hola, soy Leonardo, el guía de la iglesia.- Una camiseta blanca, de una escuela de samba, y un bañador azul cubren el cuerpo del niño, que no le permite responder.

Pablo sonrío, sorprendido ante el flujo de palabras, ante los gestos y el movimiento de las manos. El niño le arrastra por las naves del templo. Su voz, sus pequeñas manos oscuras, convierten un espejo polvoriento en un aparato mágico, que muestra la imagen más bella de quien se refleja. Frente a la urna de las reliquias crea ladrones pescadores que, con cañas, roban y han rodado, las joyas de la iglesia, que fue la más rica de América durante siglos. Corretea por las estancias, hasta llegar a una puerta de madera con cuatro cerraduras. Con voz ronca, tratando de aterrorizarle, cuenta que, al otro lado, vive un esclavo, alimentado a pan y agua por los curas desde hace más de cien años. El hombre no puede evitar las carcajadas. Admira la vivacidad del niño, su

capacidad para inventar, para sobrevivir gracias a sus mentiras. Frente a una ventana polvorienta levanta la cortina, el dedo índice del niño señala más allá del cristal, más allá de las casas coloniales, hacia las favelas.

- Allí vivimos, mi familia y yo. ¿Quieres venir a vernos?

- No, muchas gracias. – dice mientras abre la cartera y deja diez reales entre sus manos.

Leonardo convence a Pablo, que viaja en un autobús atestado por calles oscuras, sobre una sucesión de caminos apenas asfaltados. Los restaurantes italianos, y las tiendas de artesanía se convierten en panaderías, y quioscos de chapa donde los hombres beben litros de cerveza. Es el único blanco del vehículo, pero no tiene miedo, se siente extrañamente protegido.

Esa misma noche, ya en pijama, junto a la mesilla, recuerda la sonrisa de la madre mientras servía, con un puchero de latón, un guiso de judías, las risas de la familia frente a un viejo televisor en blanco y negro, el abrazo del padre en la despedida, junto a la parada del autobús, cuando la caída del sol teñía de un rojo aún más brillante los ladrillos. No permitirá que el tiempo borre todo lo que ha visto, todo lo que ha aprendido. Sin mirar al reloj, levanta el teléfono, y marca, con pulso firme, el número de su casa.